

Aragon, caian con las tristes sombras de su propia muerte las tristes sombras de la muerte aun mas luctuosa de la libertad aragonesa. Jóven, apuesto, de serena frente, de profundísimos ojos, el traje negro que ceñía realizaba su figura, dándole todos los aspectos de una estatua funeraria erigida sobre un monton de sacrosantas ruinas. La plaza del mercado estaba solitaria; las gentes huian unas de otras, porque acababa de caer universal calamidad sobre todas. Cada cual se recluía en su dolor desesperante dentro de lo mas recóndito de su casa luctuosa como para no saber cuanto sucedia fuera. Dado el pregon último, que voceaba la sentencia, subió Lanuza con dificultad al caldoso por llevar unos grillos á los piés; y se arrodilló delante del Crucifijo, que tenia seis velas encendidas, y á los piés del confesor que le dió la postrimera absolucion. Levantándose luego con brio dirigióse al tajo con calma, recibió el tafetan que le pusieran á la cara con resignacion, alargó el cuello á la cuchilla sin estremecerse, y rodó la cabeza sobre las tablas ensangrentadas que se convirtieron en aras de la libertad, y chispeó la sangre sobre el manto real de sus verdugos que todavía no han podido lavársela, despues de haber pasado tanto tiempo. Aquella cabeza era la cúspide altísima de la mas augusta libertad que viera el mundo en los tiempos de la Edad Media.

Entre tanto, Antonio Perez se ponía en cobro, no sin gran peligro, y pasaba las fronteras de nuestra península, y se acogía temblando al amparo de los extraños reyes, no sin que hasta allí le acosase la pálida mano de Felipe II y le pusiese mil veces en trance de ruina y de muerte. Y ¿qué se habia hecho su compañera la princesa de Eboli? Trasladada por fin desde la horrible fortaleza de Pinto á su palacio de Pastrana, el cautiverio de tan excelsa dama excedió en dureza y horror al mismo cautiverio del ministro. Tapiáronse las puertas como si fuese la vivienda un panteon; incomunicáronse todas las relaciones y tratos con el mundo exterior: las ventanas y balcones, que daban á la plaza, cubriéronse con tablas y tapias; un torno, como de convento, para que nadie la mirara, servía de intermediario con las gentes, apartadas en virtud de superiores órdenes, y con mucha dificultad recibidas alguna vez en aquel extraño sitio: hasta para oír misa necesitaban estar tras rejas espesísimas y en espacio tan estrecho que parecia un verdadero ataúd; solamente con el patio interior podían tener alguna comunicacion, pero tan escasa

de aire y de luz que la vida se les iba, y parecían aquellos lugares una triste anticipacion de la muerte. Habitábanlos con ella su hija mayor D.<sup>a</sup> Luisa, y cuatro dueñas, de las cuales llamábase la principal María Gomez. Un delegado, puesto por el rey, dirigía y administraba los Estados de Pastrana, visitando diariamente, para cerciorarse de su existencia por sí mismo, á la desgraciada presa. Herida ésta mortalmente, no solo desde los comienzos de su cautividad, sino tambien desde la muerte de su marido, en el alma, plañíase con plañidos continuos; y no trataba con los delegados del rey sino en presencia de los notarios de la comarca. Por tal manera triste se regulaba la vida, si es que vida puede llamarse, de la infeliz prisionera. Pálidas, desmayadas, enfermas; las mejillas sin ningun tinte; las venas faltas de sangre casi; irrespirables los aires, sin renovacion ni movimiento allí; asemejábanse las habitadoras de aquel sitio á cadáveres insepultos y ambulantes. En una sala dormían por necesidad todas aquellas mujeres, pues las habían privado de las habitaciones mas amplias, como eran las que tenían vistas á la plaza. Esta escasez del elemento principal de la vida traíales toda suerte de horribles enfermedades; y estas enfermedades, faltas de los necesarios auxilios, toda suerte de penas y congojas. Mas feliz Cleopatra, ó menos resignada, cuando se vió reclusa con sus siervas en los panteones frios de sus ilustres predecesores, encontró un áspid, que le arrebatara la vida y que le diera en aquellos sitios de los sueños eternos el inmutable reposo de la muerte.

En cuanto huyó Antonio Perez de Madrid agravóse la horrible afliccion de la princesa en Pastrana. El rey, viéndose burlado por su valido, así como prendió en Jueves Santo á D.<sup>a</sup> Juana Coello, y la condujo á un tristísimo encierro, mandó tambien que se agravara la prision de D.<sup>a</sup> Ana de Mendoza, y se redujera el tristísimo espacio habitado por su persona, y se tapiaran con mas espesas tapias las salidas, y se pusieran dobles rejas á las ventanas, y se le regateara con avaricia la luz y el aire de la vida, que apenas llegaban ya en aquel entonces á sostener, como pavesas, en los desmayados cuerpos, la luz vacilante y el calor amortiguado de las almas. Cuando muy de mañana, se presentó el delegado régio á notificar las inesperadas crueldades á la infeliz víctima, lloró ésta con sollozos amargos y clamó al cielo con clamores acerbos. Expuso á la consideracion del gobernador como las estrecheces y angos-

turas, en que habitaba, le traian toda suerte de enfermedades y le apenaban la vida con verdaderas congojas y ansias de muerte. Aquello no era vivir, sino agonizar. Tres camas habia para cinco mujeres en solo un aposento. Ella dormia en alto con su hija, pero las criadas dormian á una en el suelo sobre colchones durísimos. Las calenturas se sucedian á las calenturas en aquel aire irrespirable. Muchas veces poníase la infeliz á departir con el rey ausente, y á pintarle sus penas en vivísimos colores, como si el rey quisiese apiadarse y oirla en su crueldad nativa. Otras veces dirigíase á su hija, inocente y pura, sin pecado ni mancha, para que se pusiese de rodillas en el duro suelo, y clamase á las alturas á ver si Dios, que todo lo puede, se compadecia de su estado, y le procuraba cualquier género de remedio. Pero todo el remedio á sus males fué la triste agravacion de ellos, ordenada por Felipe II. La princesa debia franquear la puerta de grado á espesa nube de cerrajeros y albañiles apercebidos para espesar mas y mas las tapias, celosías, enverjados, hierros, que la separaban del mundo. Negóse la infeliz á franquear las puertas, y dijo, por sugeriones de su natural arrogante, que penetrasen á su guisa por donde pudiesen. El delegado régio mandó arrancar el torno con violencia; y penetrando los albañiles por aquel hueco, pusieron en mayor comunicacion aun á la infeliz; doblaron y enverjaron las rejas, no dejándole apenas luz para ver ni aire para vivir. Hasta la cocina y las alacenas y las alcobas recibieron refuerzos, como si no fuesen bastantes las precauciones ya tomadas contra mujeres indefensas. La falta de ventilacion trajo la muerte sobre aquellos helados aposentos, verdaderas sepulturas de vivientes. A los pocos dias entraba el viático á sacramentar dos criadas. A los pocos meses caia tullida la princesa en cama, y no volvió á levantarse. La oscuridad horrible de aquellas habitaciones, la rareza del aire ambiente, las penas y los dolores del corazon, acabáronla despues de doce años de prision á los cincuenta y dos años de edad. El 2 de febrero de 1592 pasó de esta vida la mujer, mas ó menos ligera de costumbres, pero fuerte de temperamento, y enérgica de voluntad, que habia caido como aplastada y deshecha bajo el inmenso poder de un Felipe II.

Nos hemos detenido mas de lo necesario ante las incidencias del célebre litigio entre Felipe II y Antonio Perez, porque no hay acto del monarca, en

toda su vida, que tanto muestre su complexion y su carácter. La creencia de que podia derogar los cánones divinos de las leyes morales hallábase tan arraigada en su ánimo, y tan sostenida por su confesor, su segunda conciencia, que mató sin forma de juicio á Escobedo; y despues de muerto por su orden, persiguió al instrumento ciego, que le habia obedecido, tan solo porque al perpetrar aquel asesinato, perpetráralo en obediencia de móviles muy distintos á los móviles pensados y creidos por su señor y dueño. Con todas sus ligerezas, con todos sus vicios, con todas sus veleidades, con su amor insensato al excesivo lujo y á los epicúreos placeres, con sus dispendios procurados por escandalosas concusiones, con su traicion y sus dobleces, Antonio Perez representa la inteligencia de un hombre solo en conflicto con la fuerza de un rey omnipotente. Y este hombre aprovecha las nociones próximas á extinguirse del derecho popular, los restos próximos á perderse de las Córtes antiguas, las instituciones de libertad erigidas por los pueblos en el caos horrible de la Edad Media, para detener por algunos instantes, apenas creibles, la omnipotencia del poder monárquico y avasallar en sus ciegas soberbias á la letra de una ley ó á la sombra de una magistratura. Cierto que, al poner en movimiento las grandes instituciones aragonesas contra las arbitrariedades y caprichos del monarca, las rompió para siempre; pero cierto, á su vez, que mostró de qué suerte aquellas instituciones venerandas habian amparado al débil contra el fuerte hasta en los tiempos de fuerza y de guerra. Y aun mostró mas Antonio Perez, aun mostró cómo los tiranos, que fundaban su tiranía en la Iglesia católica, y que impulsaban la reaccion religiosa, carecian de todo respeto á las leyes divinas, y se colocaban con verdadera irreverencia en el sitio privativo de Dios, queriendo derogar hasta las leyes por Dios mismo dadas al espíritu y á la Naturaleza. Estudiando estos monarcas sin limitacion de ningun género á su voluntad, estallaba profunda y previsoramente Antonio Perez en recelos de que las monarquías se acabasen ó viniesen á cambiar de naturaleza, como muestra en las siguientes proféticas palabras: «Por lo que deseo la conservacion de los reinos, deseo la conservacion de los reyes. Por lo que deseo la conservacion de los reyes, deseo la conservacion de ellos dentro de los límites permitidos. Señor, tened quedo, templos, reconoced á Dios en la tierra como en el cielo, para que no se canse

de las monarquías, suave gobierno si suavemente usan dél, y las baraje todas, picado del abuso del poder humano: que es Dios del cielo delicado mucho en sufrir compañero en ninguna cosa. Mucho temo que si los hombres no se templan en hacerse Dios en la tierra, se ha de cansar Dios de las monarquías, y barajarlas y dar otra forma al mundo.»

Hé ahí el hombre, que dirigia y encabezaba la reaccion religiosa en el mundo. Bien puede asegurarse que Felipe tenia en el trono todas las cualidades pedidas por Loyola y los suyos, al consumado reaccionario. Nada en él de genio: los genios necesitan ciertas inspiraciones, que la reaccion no tiene; y ciertas audacias para traer y adelantar lo porvenir, audacias que no conocerán jamás los destinados á las lobregueces de las grandes y temerosas ruinas. Desde su ascension al trono entendió Felipe que no le mandaba su padre tan colosal herencia para otra cosa mas que para servicio del Pontificado y de la Iglesia. Segun y conforme Ignacio tenia la concepcion cosmológica de un Universo consagrado á servir de instrumento al hombre para implantar lo que llamaba él gloria de Dios en el espacio y en el tiempo; Felipe habia creido que todos sus dominios, los heredados de tantos abuelos gloriosos, los invenidos en la soledad de los mares, aquella Italia llena de recuerdos y aquella América llena de esperanzas, los viejos reinos enclavados en el centro de Europa y las nuevas islas surgidas en los senos del Océano, solo servian para el engrandecimiento y prosperidad eternas del Pontificado y del clero, á quienes se hallaban en el deber de sacrificar su cetro y su corona, que debian consumirse á una en presencia del Papa y de la Iglesia como se consumen á una en presencia de Dios los cirios santos sobre los viejos altares. Imaginaos que Dios le pedia el sacrificio de España como pidió el hado al rey helénico el sacrificio de Ifigenia; como pidió el Eterno al Patriarca Abraham el sacrificio de Isaac, y á Jephté la muerte de su hija; pues todo lo hubiera Felipe II aceptado, todo, hasta desvanecer la patria como el humo de un holocausto bajo las bóvedas de San Pedro. ¡Oh! De capacidad verdadera, de propensiones grandes al trabajo; sin genio inspirado como su padre, pero con varios y ricos talentos; frio como la muerte, disimulado como el engaño, pérfido como la traicion; sagaz y susceptible; de una firmeza férrea en sus creencias y de una perseverancia tenaz en sus propósi-

tos; con algo de las habilidades diplomáticas de su abuelo Fernando V; con todo el dogmatismo propio de esta raza, que viera por espacio de siete siglos combatir una idea con otra idea en los campos de batalla; sin los recursos múltiples, por la súbita iluminacion servidos al verdadero iluminado; sin los arrebatos del heroismo, que vence con arrojo los mayores obstáculos; inmóvil en su trono, cual en su santuario los ídolos; enemigo de los viajes y de los combates por lo que tienen de calor y de movimiento; separado de la sociedad por su propia singular grandeza; convencido profundamente de que desempeñaba en la tierra una delegacion divina; escribiendo todo el dia para mover con la punta de su pluma los resortes de la complicada fábrica del Estado; sirviéndose de los hombres en cuanto los creia útiles, y despreciándolos y hasta persiguiéndolos si de su inutilidad llegaba por algun evento á persuadirse: Felipe II representaba la doblez, y la astucia, y la paciencia, y la perseverancia, y la crueldad puestas en el trono al servicio exclusivo del Papa y de su Iglesia.

No le hablen á tal hombre de la revolucion religiosa, porque no tiene con ella mas relaciones que las relaciones del combate. Felipe II es una especie de laico sacerdotal, coronado por una diadema de rey, mas humillada en presencia de Dios, cuanto mayor parece y mayor es en presencia del mundo. Su palacio, el Escorial, tiene las magnificencias del templo y las tristezas del sepulcro. En sus salones hállanse pintados, al gusto de la Edad Media, los combates épicos de los últimos tiempos del siglo xv, que pusieron la santa Cruz del catolicismo en las bermejas torres de la Alhambra. Una parrilla colosal de frio granito aparece aun como el blason heráldico de su política grabado en las breñas de tristísimo desierto. A consentírsele sus fuerzas, limitadas como todas las fuerzas humanas, á pesar de su grandeza, Felipe II hubiera empleado todo su poder en limpiar la tierra de infieles y herejes, mandándolos sin piedad al infierno. Su excelso padre, que tanto pactara con el protestantismo y tantas componendas con él tuviera durante toda su vida, encargábale, al morir, que de raíz extirpase la herejía sin miramientos ni consideraciones. El hierro y el fuego trocáronse á una en dóciles instrumentos de apostolado y propaganda. Los autos de fe menudearon, como en los tiempos bárbaros aquellos sacrificios ofrecidos á la voracidad insaciable de dioses